

Capítulo 5

Hacia un feminismo urbano popular: desde los feminismos del sur hacia la ciudad de cuidados

Gabriela González Ortuño

Resumen

En este artículo se busca reflexionar en torno a algunos elementos básicos que podrían conformar un proyecto de feminismo urbano popular en América Latina. Esto desde la crítica al modelo de ciudad global y las lógicas de jerarquía que se extienden hasta los movimientos masivos de mujeres en la Ciudad de México. La propuesta es apuntar a una ciudad de cuidados que aborde de los feminismos del sur y el urbanismo feminista que apuestan por una perspectiva anticapitalista, antirracista y descolonial que permita la construcción de lo común desde la socialización de cuidado de otras personas, el entorno y otros seres vivos sin idealizar ni renunciar a la posibilidad de disenso.

Palabras clave: feminismos latinoamericanos, Ciudad global, Movilizaciones de mujeres, Ciudad de cuidados

Citar como:

González Ortuño, G. (2023). Hacia un feminismo urbano popular: desde los feminismos del sur hacia la ciudad de cuidados. En F. Parra y M. Cristeche. (Eds.). *Desigualdades, resistencias y derechos en Latinoamérica y el Caribe* (pp. 142-164) Religación Press. <http://doi.org/10.46652/religacionpress.22.c35>



Para nosotras, la vida entera está teñida de violencia. No solo nos enfrentamos a ella en la primera línea de frente, o a medianoche en callejuelas oscuras, o en los lugares donde nos atrevemos a expresar nuestra resistencia. La violencia es el tejido de nuestra vida.

Audre Lorde

A Vicky, Tania y Yollo

Introducción

En este trabajo se pretende realizar colocar propuestas generales en torno a algunos elementos que puedan apuntar a la construcción de un feminismo urbano popular desde América Latina que se conforme desde propuestas feministas comunitarias, afro, descoloniales y del urbanismo feminista. Esto ante problemas apremiantes tanto dentro de los movimientos masivos urbanos como la centralización de las movilizaciones, como de la producción de espacios que no consideran el tiempo, tránsito y actividades de las mujeres, lo que convierte nuestros espacios de habitación y movilidad como hostiles.

Para esto, se realiza una crítica al modelo de la ciudad global y los parámetros de su estilo de vida enfocado al consumo, para posteriormente hablar de la diversidad de experiencias de las mujeres que habitan en la Ciudad de México y que colocan a las mujeres de las zonas periféricas en condiciones de desigualdad política y de organización. De tal manera que un reto de los feminismos urbanos populares sería contrarrestar las lógicas capitalistas de jerarquización de territorios.

Construir desde una lógica de cuidados podría apuntar a colocar elementos importantes en la reconfiguración de los espacios urbanos no solo a nivel barrial o local sino como una apuesta política del feminismo concebido, no como el espacio ideal de construcción sino como un espacio de tensiones y conflictos desde el cual tomar acuerdos en torno a lo común. De esta manera, la alterproyección del espacio desde los feminismos tendrían presente la socialización del cuidado de personas,

entorno y otros seres vivos en los espacios públicos y privados para contravenir el espacio centrado en el sujeto moderno capitalista urbanita.

Cercos capitalistas del espacio urbano: del modelo de ciudad global al de la ciudad inteligente

La ciudad moderna es el espacio en el que se ha desarrollado el capitalismo y con el que comparte características, se trata del territorio en donde se ha desplegado su ánimo mercantil y de acumulación; las ciudades son territorios mutantes, absorbentes, parasitarios, demandantes y, a su vez, extraordinarios y sumamente contradictorios. Se trata también del lugar en el que la viscosidad de fronteras está presente, en el que el afuera y el adentro jamás son estables ni claros: ante la construcción de fronteras urbanas populares se dan procesos de gentrificación y reappropriación, ante la suburbanización se dan procesos de retorno y de movilidad popular cotidiana de manera masiva.

La ciudad global como modelo que se ha expandido más allá de sus primeros grandes estandartes ha construido en América Latina sus nichos en Sao Paulo, Santiago, Buenos Aires y Ciudad de México (Janoschka & Sequera, 2014; Casgrain & Janoschka, 2013). Este tipo de ciudad tiene como sujeto a los ciudadanos cosmopolitas que están familiarizados y acceden a las marcas globales que permiten a dicho sujeto colocarse con comodidad en cualquiera de éstas que quiera visitar, que construyen espacios con características arquitectónicas de decoración según la estética del momento y que observan desde cómodas terrazas las construcciones históricas dispuestas para el consumo visual de los visitantes. Estas ciudades también se erigen como los lugares por los que circulan los principales capitales financieros y que responden al crecimiento del sector servicios antes que al de producción (Díaz-Orueta, 1997). Las tensiones entre la ocupación de los centros de estas ciudades para uso turístico y ejecutivo y la permanencia de comunidades trabajadoras y habitantes tradicionales nos enfrenta a la paradoja de las necesidades de dichos espacios que requieren de trabajadores y trabajadoras

para la atención de consumidores y trabajadores de corporativos, pero que no los reconoce como habitantes o vecinos de los mismos.

Este intento de establecer la ciudad global y la puesta en marcha de las ciudades inteligentes, aún en ciernes en el continente, tiene resistencias y puntos de fuga; la ciudad se construye en capas de población y lógicas de organización entre diversas comunidades. Ante la existencia de dinámicas mercantilistas, de competencia y de consumo, de violencia y despojo, surgen prácticas de solidaridad, acompañamiento, organización y hospitalidad. Es importante decir que dichas prácticas se desarrollan a contracorriente y en condiciones hostiles, como el caso de las jóvenes feministas urbanas de sectores populares de la Ciudad de México que habitan en muchos de los barrios periféricos dentro de la misma o en la zona urbana del Estado de México.

Las periferias de las ciudades, sus barrios, parecen no tener fronteras estables: cada vez que parece que una ciudad ha llegado a su límite, ésta se expande, se recrean espacios abandonados, se habitan lugares otrora destinados a la producción de bienes para consolidar el espacio de habitación y consumo. Es importante recordar que la creación y expansión de periferias y los procesos de periferización de algunos territorios están basados en lógicas capitalistas en tanto se dota a algunos espacios de mayor valor a través de inversión pública y privada que provee de infraestructura y espacios de comercio y habitación que desarrollan dinámicas de consumo de sectores de clases medias y altas, con lo que consiguen mostrar a dicho espacio como deseable: cuenta con acceso a transporte público, seguridad, espacios diseñados para la reproducción de la vida basada en consumo de bienes suntuosos que van desde alimentos de diseño hasta marcas exclusivas de textiles.

Esta construcción tiene como contraparte al resto de territorios que se jerarquizan de manera descendente. Se les otorga menor valor y se estratifica el espacio por el tipo de servicios y el costo de vida a partir de una planificación de corte estatal con participación privada que no

necesariamente corresponde a una habitabilidad en términos de reproducción de la vida de mala calidad, sin embargo, se generan problemas en torno a los territorios a los que se les resta valor como la centralización de espacios de trabajo o de educación superior, transporte público deficiente, descuido en la seguridad pública. Esto también afecta a la vida barrial debido a la sensación de inseguridad y la dificultad de acceso a servicios básicos, lo que tiene también como consecuencia el demérito en el imaginario urbano de quienes habitan dichos espacios, así como el cansancio extenuante de estas personas para conseguir zanjar dichas faltas.¹

Es posible analizar la expansión de las ciudades globales y la proyección de ciudades inteligentes como una embestida colonial en tanto se despoja del espacio habitado en nombre de un supuesto desarrollo de un estilo de vida impuesto por intereses comerciales que prioriza el consumo suntuoso y la adquisición de deuda a la vez que los procesos de tecnologización no aseguran una situación de mejor habitabilidad ni de una mejora cualitativa del espacio público. De tal manera que las relaciones sociales estarían determinadas por una mediación tecnológica que contribuye al denominado colonialismo de datos: millones de personas usuarias de una supuesta ciudad inteligente otorgan los datos de su cotidianidad, de las prácticas más personales, a empresas que recogerían y venderían sus datos al mejor postor: un gobierno o una empresa privada (Mejías & Couldry, 2019). Las medidas del uso del espacio habitado tendrían su espejo en el espacio virtual y no en las manos de quien habita.

Aunado a lo anterior, las formas de organización comunal quedan desplazadas por los servicios automatizados y la mediación de aplicaciones de servicios que permiten que las mercancías de las grandes cadenas

1 “La zonificación, principal instrumento de planificación del funcionalismo disgrega los diferentes usos urbanos (residencial, comercial, industrial, administrativo) y es por definición un mecanismo de separación, segregación y aislamiento físico y social del territorio” (Col·lectiu Punt 6, 2019, pág. 100)

sean entregadas a domicilio; las fiestas barriales son sustituidas por el algoritmo de los servicios de streaming y el espacio público reducido al uso de redes sociales. Con esto no se apunta a presentar una postura tecnófoba sino a señalar que las mercancías hiperconectadas que se usan en las cotidianidades urbanas no construyen un común de presencia ni un uso de espacios públicos compartidos, sino que mantienen la atomización y privatización del ocio y del uso del tiempo libre.

Para las mujeres latinoamericanas la estratificación de valor del espacio va de la mano con problemas de movilidad, seguridad y organización y participación política. El espacio público de los barrios periféricos se convierte en un lugar de tránsito en donde acechan diversos peligros que van desde el acoso callejero hasta amenazas de desaparición. Algunas investigaciones como la de Lydiette Carrión (2018) muestran que son las zonas periféricas de la Ciudad de México en donde ocurren una enorme cantidad de desapariciones de mujeres jóvenes, en su mayoría, aún adolescentes. Incluso es posible notar la diferencia entre espacios contiguos como la Ciudad de México y el Estado de México para comprender lo que implica para la seguridad de mujeres jóvenes que se trasladan cotidianamente desde la periferia de la ciudad a sus lugares de estudio, trabajo o esparcimiento. Sin embargo, podemos observar que el problema de habitabilidad y tránsito de las mujeres ha sido un continuo en el tiempo.

Mujeres, jerarquías de espacio y tránsito

La división del trabajo por género y la división de uso del espacio están relacionados, aunque no en las mismas condiciones para todas las mujeres. Aunque las mujeres de sectores que han gozado de estabilidad económica encontraron por mucho tiempo como lugar de habitación y trabajo sus espacios domésticos y sus tránsitos se daban de manera local, las mujeres que realizan labores de comercio, cuidado y trabajo doméstico por pago han estado sometidas a condiciones de movilidad que usualmente siguen los patrones centro-periferia ya que son las mujeres

de sectores precarizados las que se desplazan a los centros gentrificados o las zonas de residencia de los sectores de ingreso medio o alto para realizar dichos trabajos.

El espacio público ha sido transitado históricamente por mujeres trabajadoras de los estratos más precarizados. Celsa Albert (Albert, 2003) narra cómo las mujeres afrodominicanas gozaron de movilidad debido a sus trabajos de comercio y alimentación de trabajadores, lo que implicaba traslado de mercancías y bienes. En el mismo tenor Col-lectiu Punt 6 dice:

...en contra de muchas de las creencias sobre el trabajo femenino, las mujeres siempre han trabajado fuera de su ámbito familiar más allá de su rol asignado: Sobre todo en el seno de las familias humildes obreras, las mujeres han realizado muchas tareas que han sido invisibles para la historia, pero imprescindibles para la supervivencia cuando se estaba en situaciones de pobreza. La experiencia extra doméstica de las mujeres ha sido muy diversa, compleja e invisible. (Col-lectiu Punt 6, 2019, p. 67)

La división tajante entre lo público y privado resulta poco operativa entre mujeres de sectores populares. Además, las mujeres también han estado sujetas a las condiciones de seguridad propias de la suburbanización de clases medias y la periferización de clases bajas. El acceso a transporte privado o rutas de transporte público, así como el goce de seguridad pública están dados por la estratificación del espacio.

Los espacios construidos a las orillas de la ciudad conllevan problemas distintos según el proyecto del que se trate: el suburbio y sus circuitos de movilidad para las mujeres de clases medias, con áreas verdes y espacios de esparcimiento enmarcados de consumo como el caso de Ciudad Satélite en el Municipio de Naucalpan en el Estado de México, aunque en ese mismo Estado se han construido espacios periferizados en donde los servicios como agua, luz y pavimentación han sido lentos y paulatinos y en muchas ocasiones quedan en manos de las comunida-

des que ahí habitan como los municipios del oriente, Nezahualcóyotl, Valle de Chalco, Ecatepec, entre otros, en donde los espacios seguros no dependen del Estado ni de la iniciativa privada sino que en muchas ocasiones es la misma población la que desarrolla estrategias de defensa y cuidado.

Así, los suburbios son las construcciones dictadas para las clases medias y medias altas que cuenten con vehículo propio y que tienen una división de labores de género muy marcada, en donde las autoridades se responsabilizan por asegurar la movilidad y el espacio público seguro. Mientras tanto, las periferias se caracterizarán por un descuido por parte de las autoridades estatales y por una cantidad importante de habitantes que se desplazan hacia centros de trabajo en los centros, de tal manera que algunas zonas se vuelven ciudades dormitorio, aunque incluso en estos lugares el cuidado de infantes y adultos mayores se encuentra presente y son sus dinámicas, en buena medida, las que mantienen la vida comunitaria en torno a sitios como las escuelas, los centros culturales, los parques y los mercados.

Es importante decir que a pesar de las diferencias de habitación y uso del espacio entre mujeres, todas enfrentamos miedos que conforman nuestras subjetividades como usuarias de los espacios públicos. En “Violencia de género y ciudad: cartografías feministas del temor y el miedo” (Toro-Jiménez & Ochoa-Sierra, 2017), las autoras muestran la educación que recibimos las mujeres antes de salir a la calle: elección de vestuario, cálculo de rutas y horarios, medidas de defensa:

Ellas se ven presionadas a tener cuidado con su apariencia para no llamar la atención, a evitar lugares donde puede presentarse acoso y a no salir solas a altas horas de la noche. Este ritual evita la sospecha frente a comportamientos inadecuados que son entendidos como una transgresión al rol. (Toro-Jiménez & Ochoa-Sierra, 2017, p. 69).

Esto nos coloca ante una especie de cobro de derecho de piso en forma de miedo a ataques sexuales, que excede el miedo al asalto más habitual entre hombres.

...todas las mujeres son víctimas de violación, aunque no la hayan sufrido, porque el temor a que ocurra condiciona su comportamiento cotidiano y propicia actitudes preventivas sistemáticas. “Las mujeres que nunca han sido violadas muestran una ansiedad y unos miedos similares a las que sí lo han sido” (p. 78), y con el fin de evitar que les pase, limitan su autonomía en el espacio público. Hay un mensaje que subyace a las restricciones que asumen las mujeres con respecto al uso de los espacios: es posible que una mujer realice tranquilamente todas las actividades siempre y cuando esté acompañada de un varón, porque con una mujer también se va a sentir vulnerable. (Toro-Jiménez & Ochoa-Sierra, 2017, p. 72-73)

Tanto la habitación como los tránsitos en las ciudades están atravesadas en prácticamente todos sus espacios por amenazas de violencias contra las mujeres, de tal manera que nos encontramos ante una de las evidencias más fuertes respecto a la operación del sistema patriarcal en la cotidianidad: los cuerpos de las mujeres en tránsito son atravesados por un miedo constitutivo, mientras que los espacios de habitación pueden volverse amenazantes en la medida de que se conforman como espacios atomizados en donde se cometen violencias físicas y sexuales. La autoridad masculina del uso de lo común se presenta constantemente, problema que se extiende a las disidencias sexo genéricas (Salazar-Barrón, 2016).

A pesar de lo expuesto, las mujeres en América Latina no cesan en su intento de asumir la construcción de lugares seguros a partir de estrategias de autodefensa que se enseñan desde hace varias generaciones: en México no es extraño que las madres o abuelas instruyan a las más jóvenes a llevar un seguro o aguja para defenderse si alguien las toca en el transporte público. Actualmente hay colectivas de jóvenes

que responden al acoso callejero con cornetas o rociando de espuma a los perpetradores, de la misma forma que es más común escuchar denuncias públicas al momento de algún ataque. Otras experiencias de acompañamiento se han desarrollado también desde las colectivas ciclistas que pedalean en conjunto para evitar el acoso y se comparten talleres de mecánica y defensa. Así, poco a poco se busca un uso seguro de las calles, aunque esto cambia según las zonas de la urbe. A la par, los movimientos feministas han emergido con una fuerza que no se había visto antes en la historia por lo que a continuación hablaremos de las movilizaciones de mujeres en el centro de México.

Itinerarios espaciales e itinerarios políticos en las movilizaciones masivas de mujeres en México

La calle se presenta como un lugar en el que “hay que cuidarse” pero que las mujeres no dejarán de transitar y ocupar. La emergencia de movimientos masivos de mujeres en Chile, Argentina, Colombia y México en la última década son prueba de que la organización política en torno a problemas específicos de las mujeres que exceden los ámbitos domésticos o laborales ya no se pueden dirimir de manera privada. La construcción de un común público ha excedido también los límites de las demandas por reconocimiento ciudadano y se construye en torno a la defensa del cuerpo: contra la violencia de género, el feminicidio, las desapariciones de menores y mujeres y los derechos sexuales y reproductivos.

La defensa del cuerpo y la vida dejan de ser metáforas para ser encarnaciones que ocupan los espacios en los que se les ha buscado disciplinar a través del mecanismo miedo soportado por diversas violencias. En estas movilizaciones debemos establecer las diferencias que se encuentran entre las mujeres que participan de ellas, en este caso, ahondaremos en el contexto mexicano, en específico, en la Zona Metropolitana de la Ciudad de México (ZMCM) que abarca los territorios de la Ciudad de México (CDMX) y el Estado de México (Edomex). Es necesario acla-

rar que nos enfocaremos en esta zona debido a que, aunque en otros Estados las movilizaciones de mujeres y feministas han crecido como en el caso de la ciudad de Guadalajara, aún no alcanzan los niveles de participación centrales, mientras en muchas ciudades del país resulta muy peligroso para las manifestantes salir e intervenir en el espacio público como en los casos de Cancún y Acapulco, centros turísticos en donde se ha perseguido y reprimido a las manifestantes de forma más agresiva que en el centro debido a su número acotado.

Para volver a nuestro caso podemos decir, en primer lugar, que hay diferencias entre formas de organización dentro de las movilizaciones masivas de mujeres en México. Aunque hay colectivas que convocan y organizan, participan diversos grupos de mujeres y no todas se agrupan en torno a organizaciones estables, además, cada colectiva responde a un ideario específico dentro del feminismo, de tal manera que encontramos entre contingentes muy variados: el contingente separatista, al que muchas mujeres se adhieren por seguridad y que usualmente marcha detrás de familiares de desaparecidas o madres de mujeres víctimas de feminicidio y en donde marchan muchas compañeras que perteneces al llamado bloque negro de corte anarquista; mujeres con infantes o familias; mujeres trans; mujeres indígenas ligadas a la resistencia otomí y al EZLN; grupos afrofeministas; mujeres de escuelas y universidades y; un gran número de mujeres solas o en pequeños grupos que se suman a la marcha sin contingente o se unen a alguno en el que se sienten seguras o encuentren a otra mujer que conozcan.

Se mezclan mujeres de características diversas y distintas generaciones que se asumen o no feministas pero que se movilizan por demandas comunes como contra el feminicidio de algún caso en particular que reagrupa a la demanda profunda del cese a la violencia contra las mujeres o su desaparición; ante casos de violencia extrema y de crueldad sobre los cuerpos las mujeres han respondido al tomar masivamente las calles a pesar de los enfrentamientos contra mujeres policías, especialmente por las acciones realizadas por las manifestantes del bloque ne-

gro. Estas acciones han sido respondidas con el grito: “¡Fuimos todas!”.² Las mismas demandas también se dan en fechas emblemáticas como el 8 de marzo “Día Internacional de la Mujer” o el 25 de noviembre “Día Internacional de la eliminación de la violencia contra la mujer”, en las que se aglutina la memoria de todas aquellas que no pueden marchar más.

Resulta necesario decir que durante la contingencia de la marcha quedan suspendidas algunas de las diferencias entre mujeres que participan, sin embargo, es importante recordar que las fronteras urbanas se cruzan, pero no se diluyen y las marcas de los procesos de racialización y las diferencias de clase permean algunas de las estrategias de las convocatorias feministas. Las mujeres que habitan en el Estado de México y se trasladan diariamente a la CDMX a trabajar o estudiar o aquellas que se trasladan solo a las marchas cuentan con un tiempo limitado para permanecer en la Ciudad. No se trata de una regla escrita sino de un recurso de seguridad: el tiempo de traslado en una ciudad que oscurece se presenta como una amenaza a la integridad o la vida; el transporte público es un espacio en el que hay que estar alerta y las condiciones de iluminación y tránsito no son las más aptas; entre más lejos se encuentren vivan las manifestantes del centro mayor peligro enfrentan. Por supuesto, esto juega en contra, sobre todo, de aquellas que viven en barrios populares que sobre quienes deben trasladarse solo por algunas estaciones de metro o se mueven dentro de las zonas de clase media del centro y sur de la CDMX.

De tal manera que las movilizaciones masivas favorecen la participación de sectores de mujeres que habitan en los centros de la CDMX y exponen a las mujeres de la periferia, en sus tránsitos, a la violencia que

2 La última marcha desarrollada en la Ciudad de México tuvo un desencuentro con algunas de las manifestantes encapuchadas que hicieron pintas sobre la denominada Antimonumental, una escultura que colocaron ahí grupos de feministas el 8 de marzo de 2019 en memoria de las mujeres víctimas de feminicidio y en la que se puede leer: “En México 9 mujeres son asesinadas al día”, “Ni una más”, “Exigimos alerta de género nacional” y “No + feminicidios”.

de sí se ha construido en esos espacios; para mostrar un espacio como seguro y dotarlo de valor, se construyen otros inseguros. Aun así, las colectivas de las periferias de la CDMX y del Edomex se han comenzado a organizar en busca de una descentralización de la movilización al convocar a marchas en municipios en donde se presenta una cantidad de feminicidios y desapariciones de mujeres muy altas: Nezahualcóyotl, Chimalhuacán, Ecatepec y algunos otros municipios en el norte del mismo Estado como Naucalpan, Izcalli y Atizapán. Lamentablemente, la respuesta de colectivas y grupos de mujeres que viven en la CDMX han respondido de manera poco alentadora: las marchas en estos municipios son mucho menos numerosas, conformadas usualmente por pequeños grupos de madres y familiares de víctimas de feminicidio o desaparecidas, colectivas locales y grupos estudiantiles de planteles locales.

Lo anterior aunado al constante cuestionamiento de las policías locales en torno a su asociación con el crimen organizado y su ineficacia en la búsqueda de justicia genera un clima de desconfianza al momento de ocupar el espacio público en el Edomex y algunas de las manifestaciones como las pintas políticas o las intervenciones artísticas comunes en las manifestaciones centrales, quedan suspendidas o disminuyen su intensidad de aparición en estas calles; el proceso de huella del paso de la marcha que sirve para mostrar públicamente el descontento resulta menos evidente.

La respuesta de las colectivas como Manada periferia, Colectivo Violetas FES Aragón, Contingente mujeres de la periferia, entre otras colectivas, son de molestia ante la evidente centralización y la falta de acuerpamiento³ del que se ha presumido en las marchas centrales. Se han denunciado componentes de clase que evitan que se realice el mismo viaje que estás colectivas hacen en las convocatorias centrales en

3 Acuerpamiento se refiere a la estrategia de los grupos manifestantes de cuidar a las mujeres que salen de los contingentes a realizar pintas y pueden volver a ellos sin ser detenidas.

sentido contrario. Las colectivas ubicadas en el centro parecen poco dispuestas a realizar viajes de entre 60 y 90 minutos para acompañar las marchas en las periferias que se han organizado en fines de semana y por las mañanas para facilitar la movilidad y seguridad de las compañeras de espacios centrales, estrategia que tampoco ha funcionado para elevar la participación.

Este caso muestra cómo la sororidad mantiene los límites que han denunciado desde larga data por las feministas afro como Audre Lorde, existen experiencias de mujeres no compartidas y que resultan una diferencia de organización política que, desde la postura de algunas mujeres no son siquiera visibles:

...presupone una homogeneidad de la experiencia que en realidad no existe. En el sistema patriarcal, los mecanismos que nos neutralizan no son iguales. Para las mujeres Negras es fácil verse utilizadas en contra de los hombres Negros, no por su condición de hombres, sino por su condición de Negros. Nosotras debemos en todo momento distinguir entre las necesidades de nuestros opresores y nuestros propios y legítimos conflictos, como mujeres, al interior de nuestras comunidades. Este problema no existe para las blancas. (Lorde, 2007)

La necesidad de denunciar al sistema patriarcal y la violencia que ejerce contra el cuerpo y la vida de las mujeres apremia a la movilización masiva, sin embargo, ésta no es recíproca hacia los territorios precarizados o constituidos como inseguros en la estrategia capitalista de jerarquizar territorios para justificar los altos precios inmobiliarios a los que apuntan las ciudades globales. El contraste de zonas lujosas y zonas precarizadas tiene sus resonancias en la organización de la población y en la centralización de luchas sociales, para el caso del feminismo en el centro de México existe un punto ciego en estas diferencias que no se discuten ni aparecen en el panorama de organización. De tal manera que parece necesario comenzar a cuestionar algunas de las dinámicas como ha ocurrido con los feminismos no hegemónicos como el afro o el comunitario.

Feminismo urbano popular y urbanismo feminista

Como se ha señalado, las grandes ciudades en América Latina han organizado a sus poblaciones según las necesidades del despliegue del capitalismo global, lo que genera condiciones de habitabilidad más o menos amables según los ingresos de dichas poblaciones, aunque es menester mencionar que esto va ligado a un modelo de ordenamiento racial que corresponde a lo que se ha llamado la colonialidad del poder, en el que las poblaciones racializadas y etnizadas se encuentran en los espacios menos privilegiados dentro de las sociedades latinoamericanas después de un largo procesos de estructuración colonial y poscolonial.

Con la jerarquización de territorios no apuntamos a que todos los territorios deben ser calcas del mismo modelo como lo intenta el de ciudad global, sin embargo, es necesario señalar la artificialidad que dota a los territorios de valor y que no necesariamente están vinculados a la conformación de lo común. En esta jerarquización de territorios urbanos la vida de mujeres, adultxs mayores e infantes resulta la menos contemplada debido a que el foco se encuentra sobre el ciudadano propietario que se mueve en vehículos particulares, en primer lugar y en el trabajador pago en segundo lugar, lo que resta importancia a las actividades locales y a las labores de producción y reproducción de la vida no pagadas. Esto, en buena medida porque el diseño urbano y las políticas públicas urbanas son diseñadas por hombres o desde una mirada masculinista enfocada a la producción de valor capitalista.

La vuelta a lo local es parte de una propuesta de numerosas obras y movimientos políticos y sociales que pretenden contrarrestar con esto el avance de la globalización capitalista o defender algún territorio de espacios alejados de las grandes urbes. Esto ocasiona que lo local aparezca como una respuesta que, de por sí, opondría resistencia al avance capitalista por el territorio, aunque no siempre se hagan propuestas específicas o se coloquen estrategias de resistencia que sirvan para los espacios urbanos. Esto nos coloca ante la posibilidad de plantear estra-

tegias de descolonización de los espacios urbanos desde los feminismos populares.

La constitución del espacio urbano está íntimamente ligada a la habitabilidad y tránsito de las mujeres, tanto en su vida cotidiana como en su organización política:

El espacio (social) no es una cosa entre las otras, un producto cualquiera entre los productos: más bien envuelve a las cosas producidas y comprende sus relaciones en su coexistencia y simultaneidad: en su orden y/o desorden (relativos)... Efecto de acciones pasadas, el espacio social permite que tengan lugar determinadas acciones, sugiere unas y prohíbe otras. (Lefebvre, 2013, p. 129)

En tanto no exista en el horizonte una propuesta de construcción de espacios, tanto la vida cotidiana de las mujeres como los movimientos masivos populares y luchas feministas de las que participan difícilmente podrán abordar cuestiones como las diferencias entre feminismos centrales y feminismos periféricos. La sistematización de experiencias urbanas femeninas, así como la adopción de elementos de análisis feminista de feminismos no hegemónicos como los afro, comunitarios, tienen que desarrollarse a la par de la producción del espacio.

Pensar en la producción del espacio desde procesos feministas y de descolonización de las grandes ciudades latinoamericanas comienza con el señalamiento de la artificialidad de su valor, la centralización de espacios de bienestar y la construcción de espacios inseguros. Por otro lado, es importante reconocer que las ciudades globales no son habitadas por un sujeto urbanita estándar sino por una multiplicidad de pueblos, originarios, residentes, migrantes⁴; es decir, en un mismo espacio se atienden a diversas matrices culturales. También habríamos de colocar en la

4 En las grandes ciudades latinoamericanas se encuentran presentes los denominados indígenas urbanos, personas cuyos abuelxs o bisabuelxs migraron a la ciudad y que mantienen vínculos con los territorios de origen de sus ancestros, sin embargo, su lugar de habitación es la ciudad global en la que reproducen su vida y proyectan su futuro.

discusión una construcción heterosexual tanto del espacio público (Salazar-Barrón, 2016) como del privado (Preciado, 2010). De tal forma que en estos espacios-relaciones sociales se imbrican materialmente los diversos sistemas de opresión. La colonialidad, el patriarcado y el capitalismo.

Resulta importante también mencionar que han surgido experiencias desde grupos de mujeres que no se reconocen como feministas pero que son parte de organizaciones comunitarias y han defendido de alguna forma su derecho a la ciudad en torno a algunas problemáticas específicas de habitabilidad de la Ciudad de México, por ejemplo, las mujeres han participado en movimientos de defensa del agua en el Pedregal, el acceso a la vivienda por parte de las mujeres ñahñú que ocuparon el Instituto Nacional de Pueblos Indígenas desde 2020, o la organización en torno al comercio de productos de elaborados por sí mismas u otras mujeres que conforman circuitos de “mercaditas”. Estas experiencias han construido redes de apoyo y cuidado no han coincidido necesariamente con los movimientos masivos de mujeres ni se adhieren en su totalidad a alguna colectiva feminista, sin embargo, se trata de experiencias de organización que ayudan a comprender la necesidad de defensa del territorio, del derecho a vivienda digna y a una economía solidaria popular.

Construir alterproducciones espaciales desde los barrios y comunidades implica pensar en territorios horizontales en donde se despliegan estas multiplicidades de sujetos no centrados en el urbanita cosmopolita que alude a un estrato social y un estilo de vida tirados al individualismo y consumo, a la par que se cuestiona la centralidad de movimientos hacia algunos territorios. Esto, junto con la situación de las mujeres, descrita a lo largo de este texto, nos coloca frente a la necesidad de desplegar lógicas de organización entre espacios otros, de ahí la importancia de poner en evidencia la centralización de las luchas en un territorio amplio como es la ZMCM.

Para el despliegue de una lógica de horizontalidad de territorios, nos parece pertinente pensar desde los feminismos comunitarios y afro

que han señalado con precisión y pertinencia la dificultad de compartir luchas con compañeros de sus comunidades sin desestimar los problemas, luchas particulares y demandas de las mujeres. Los territorios horizontales no pueden ser totalmente separatistas,⁵ sin embargo, eso no evita el señalamiento de las conductas patriarcales de sus pares. De tal forma que el trabajo con masculinidades diversas resultaría prioritario, sobre todo, porque problemas como el acoso callejero pasa por experiencias de socialización y aprendizaje de lo que socialmente se considera masculino.

Otra de las propuestas que nos parecen pertinentes para colocar sobre las problemáticas urbanas nacidas desde el sur es la de Luciana Cadahia (2019; y 2021) y su feminismo plebeyo o feminismo populista en tanto comprende la articulación feminista como construcción, no como esencia al seguir la teoría del populismo de Ernesto Laclau. Esto implica, además, pensar desde un espectro amplio de mujeres de sectores populares y no únicamente en quienes tienen una formación teórica o política de larga data que construyen una barrera de clase o de formación frente a otras mujeres. Pensar el feminismo desde el conflicto y la construcción política contingente permite desidealizar al feminismo en general, y a corrientes en particular, al colocar al conflicto y su posibilidad de suspensión en algunos campos en pos de la construcción de lo público sin renunciar al conflicto ontológico de lo político; lo que permitiría enfrentar problemas conjuntos con mayor claridad y determinación.

Para concluir con este apartado que busca reflexionar acerca de los elementos en torno a un feminismo urbano popular, me gustaría abordar las propuestas de las urbanistas feministas que constituyen herramientas prácticas para atender la producción del espacio urbano y que aún se discute en espacios académicos o pequeños círculos activistas;

5 Con esto no se busca negar la necesidad de espacios donde participen únicamente mujeres, tampoco se pretende colocar a los espacios mixtos como mejores ni más deseables, solo se busca pensar en estrategias de reterritorialización amplias inscritas en las grandes ciudades.

aunque a la par, en la práctica, se desarrollan estrategias de cuidado y autodefensa un tanto desvinculados de una alternativa colectiva. Por ejemplo, la organización en torno a algunas labores como el cuidado de infantes se queda únicamente entre madres feministas y algunos pocos padres que ejercen responsabilidades de cuidado. Quienes han pensado a la ciudad de manera amplia desde una perspectiva feminista son arquitectas, ingenieras, geógrafas, sociólogas y urbanistas feministas que no cuentan con la fuerza política ni económica para echar a andar una ciudad segura o una ciudad de cuidados. Es justamente a esta idea a la que quisiéramos apuntar.

Sin suficientes redes que las reúnan con la potencia requerida aún, los grupos de feministas organizadas en torno a discursos de reapropiación de la ciudad y los grupos de mujeres que llevan adelante luchas por el derecho a su habitabilidad han comenzado a construir una ciudad cuidadora. La idea de ciudad de cuidados o ciudad cuidadora ha sido planteada desde el urbanismo feminista, por ejemplo, encontramos el texto de Milena Acosta y Julia Cardach (2021) desde Argentina o el Seminario-Taller “Movilidades, género y cuidados. Aportes para la construcción de ciudades cuidadoras e inclusivas” recientemente organizado en México por Paula Soto en octubre de 2020.

La ciudad cuidadora tendría algunas características de construcción de una alterproyección del espacio que han trabajado algunas urbanistas feministas como la Col-lectiu Punt 6 tales como la incorporación de aspectos de gestión y uso de tiempo de las mujeres en sus actividades y tránsitos, que los sitios sean adaptados y flexibles, que se conforme en comunidad con las diversidades y desigualdades corporales, de género, etaria; que se adapte a los contextos, que busque la sostenibilidad y tome en cuenta la dependencia⁶ y la vida comunitaria (Col-lectiu Punt 6, 2019). Estas propuestas se fundan en una postura anticapitalista, an-

6

Con esto apuntan a las personas que requieren de cuidado como infantes, personas enfermas o de edad avanzada.

tirracista y descolonial que tenga presentes a cuerpos diversos, a necesidades no adultocentradas y que se centren en las personas que cuidan y son cuidadas como principal valor social, lo que implica repensar al conjunto de actividades que fundan relaciones y producen espacios. En este sentido, una ciudad de cuidados pugnaría por una abolición del trabajo (Weeks, 2020) y las relaciones, incluidas las disposiciones espaciales que éste produce.

La socialización de cuidados como horizonte de organización espacial y de trabajo implicaría desencializar labores ancladas al género y a la matriz colonial de organización, así como al sistema capitalista de explotación. Probablemente uno de los retos más importantes a los que nos enfrentaremos será a la descentralización del proyecto de ciudad para concebir los espacios de una manera horizontal. Tal vez una de las formas de lograrlo es comenzar a señalar, desde la organización y tránsito de las movilizaciones masivas cómo nos sujetan las lógicas espaciales capitalistas y comenzar a trabajar y organizar desde los sitios que aparecen como menos valorados en las lógicas de las ciudades globales.

Consideraciones finales

El uso de los espacios públicos por parte de las mujeres en las grandes ciudades en América Latina muestra la diferenciación que existe entre mujeres por la forma en la que atraviesan los sistemas de opresión. El feminismo urbano popular no puede obviar estas condiciones si pretende constituirse como un movimiento popular masivo que busque la construcción de realidades anticapitalistas, no patriarcales y antirracistas.

Aunque la formación teórica y movilización política son importantes resulta necesario comenzar a realizar acciones concretas en los espacios urbanos basadas en las propuestas de feminismos del sur como los comunitarios, los afro y el plebeyo, además de prácticas urbanas propuestas por el urbanismo feminista tales como: la descentralización del

movimiento feminista y la valoración de la acción en sectores periféricos como han comenzado a hacer las colectivas que colocan Antimonumentas; la búsqueda de construcción de espacios comunes que se enfoquen en el cuidado: calles seguras y transitadas, lugares públicos de descanso para cuerpos diversos y personas dependientes o lugares de ocio que no apunten al consumo capitalista; construcción de lo común sin temor a los antagonismos; valoración y socialización constante en espacios que el capital construye como inseguros, entre muchas otras que marque nuestra imaginación y acción colectivas; la atención a personas dependientes pero también al cuidado del entorno y de otros seres vivos. Así, situarse en el cuidado es pensar en el bienestar y convivencia de la mayoría para dejar de lado al urbanita moderno del capital. No es una tarea sencilla, ni individual, sin embargo, es necesario comenzar a trazarla.

Referencias

- Acosta, M., & Cardach, J. (2021). *Resignificar las “REDES DE CONEXIONES”*. Hacia una ciudad de cuidados. [Tesis de grado] Universidad Nacional de Rosario.
- Albert, C. (2003). *Mujer y esclavitud en Santo Domingo*. INDASEL.
- Cadahia, L. (2019). Su voz desatará tu lengua Antígona. lo femenino y lo plebeyo. *Ideas y valores*, 129-149.
- Cadahia, L. (2021, marzo 2). “Hay fuerzas neoliberales que quieren un feminismo de élite como barniz ‘progresista’”. (J. Noble, Entrevistador)
- Carrión, L. (2018). *La fosa de agua: Desapariciones y feminicidios en el río de los Remedios*. Debate.
- Casgrain, A., & Janoschka, M. (2013). Gentrificación y resistencia en las ciudades latinoamericanas. El ejemplo de Santiago de Chile. *Andamios*, 19-44.
- Col-lectiu Punt 6. (2019). *Urbanismo feminista. Por una transformación radical de los espacios de vida*. Virus.

- Díaz-Orueta, F. (1997). ORUETA, Fernando Díaz. La ciudad en América Latina: entre la globalización y la crisis. *América Latina Hoy*, 5-13.
- Janoschka, M., & Sequera, J. (2014). Procesos de gentrificación y desplazamiento en América Latina. Una propuesta comparativista. En J. J. (ed.), *Desafíos metropolitanos. Un diálogo entre Europa y América Latina* (pp. 82-104). Catarata.
- Lefebvre, H. (2013). *La producción del espacio*. Capitan Swing.
- Lorde, A. (2007). *Sister, Outsider*. Crossing Press.
- Mejías, U., & Couldry, N. (2019). Colonialismo de datos: repensando la relación de los datos masivos con el sujeto contemporáneo. *Virtualis. Revista de cultura digital*, 10(18), 78-97. <https://doi.org/10.2123/virtualis.v10i18.289>
- RadicalizaCL. (2020). *Luciana Cadahia: Republicanismo Plebeyo y Feminismo Populista. Capítulo 4 "Momento Populista"*. [Video] YouTube. <https://www.youtube.com/watch?v=uNCWZ94aW-M&t=2565s>
- Preciado, B. (2010). *Pornotopía. Arquitectura y sexualidad del Play Boy durante la guerra fría*. Anagrama.
- Salazar-Barrón, S. (2016). La ciudad y el género: la producción urbana del espacio heterosexual. *Bitácora Arquitectura*, (33), 98-103.
- Toro-Jiménez, J., & Ochoa-Sierra, M. (2017). Violencia de género y ciudad: cartografías feministas del temor y del miedo. *Sociedad y economía*, (32), 65-84.
- Weeks, K. (2020). *El problema del trabajo. Feminismo, marxismo, políticas contra el imaginario e imaginarios más allá del trabajo*. Traficantes de sueños.

Towards a popular urban feminism: from southern feminisms to the city of care

Gabriela González Ortuño

<https://orcid.org/0000-0001-5393-020X>

Universidad Nacional Autónoma de México, Colegio de Estudios Latinoamericanos de la
Facultad de Filosofía y Letras, Ciudad de México, México
gabrielagonzalezo@filos.unam.mx

Abstract

This article seeks to reflect on some basic elements that could shape a project of popular urban feminism in Latin America. This ranges from the critique of the global city model and the logics of hierarchy that extend to the massive women's movements in Mexico City. The proposal is to aim at a city of care that opens up the feminisms of the south and feminist urbanism that bet on an anti-capitalist, anti-racist and decolonial perspective that allows the construction of the common from the socialization of care of other people, the environment and other living beings without idealizing or renouncing the possibility of dissent.

Keywords: Latin American feminisms, global city, women's mobilizations, city of care